Herencia del día

Hernán Hernández Kcomt

Herencia del día

HERENCIA DEL DÍA

© Hernán Hernández Kcomt
© De esta edición,
Hiato Servicios Editoriales, de Freddy Joe Poma Luna Victoria
Av. Prolongación Unión N.o 1323 – Trujillo
Teléfonos: +51 949 743 573 / +51 955 652 534

Cuidado de edición:
Hiato Servicios Editoriales
Diagramación:
Michael Prado
Foto de portada:
Hernán Hernández Kcomt

Primera edición: marzo de 2019
Tiraje: 200 ejemplares
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.o 2019-04287
ISBN: 978-612-47571-2-9

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, sin previa autorización escrita del autor.
Todos los derechos reservados.

Se terminó de imprimir en marzo de 2019 en
EDITORA GRÁFICA REAL S.A.C.
Jr. Independencia N.o 953, cercado, Trujillo
Teléfono: +51 044 253 324

HERENCIA DEL DÍA

Hernán Hernández Kcomt

HIATO

Río, el destino de mi agua era no quedarse en mí (...)

Pasa el árbol y se queda disperso por la Naturaleza.
Se marchita la flor y su polvo dura siempre.
Corre el río y entra en el mar y su agua es siempre la que fue suya.

Paso y me quedo, como el Universo.

Alberto Caeiro

Para Nelly, Sara y Hernán

A MI PADRE

Sí, mi nombre es Hernán Hernández
como tú
he recibido mi ración de existencia y de errores.
De puertos. De norte. De ciudades en el desierto donde la
civilización se engendra y se hunde.

La arquitectura oriental de mi rostro es engañosa. Y lo sabes
el barro del que estoy formado no es otro que el tuyo,
la sangre rabiosa que trajo tu padre de Abancay y de Ica –las raíces
de la furia–
Y de España, con toda su mitología.

Me heredaste los fines de semana y las aventuras en bicicleta –mi
mejor recuerdo de la infancia
el aroma matutino de las redes y el pescado. El silencio
y algunas lecturas, la Ilíada y la memoria.

Y un don que es también un castigo:
el fuego divino del descontento,
ese anhelo punzante de lo perfecto,
tan parecido a la miseria y la nobleza.

Así es. Me llamo igual que tú, papá.
Hernán y Hernández.
Por eso, cuando alguien pregunta con media sonrisa por el
redundante origen de mi nombre
no puedo sino pensar en la relación más difícil de todas,
la de la paternidad,
esa llama inextinguible, esa fatalidad y esa promesa.

El accidente y el desencuentro
y el volver a encontrarse, después de tantas vueltas,
ante un empolvado y consternado espejo.

Ahora que tu cuerpo quiere dejar de ser tuyo
debo advertirte, papá, que tu carne y tu sangre están aquí conmigo
resguardados y vivos, palpitantes
como heridas y tesoros.
Pues lo he comprendido –soy yo finalmente, entonces,
aquel tu remoto, incomprendido y pretérito yo
aquel hombre admirado, odiado, amado y compadecido
al que he hablado constantemente de tú
cuando debió haber sido un mudo, generoso nosotros.

Es aquél el grato silencio de los árboles, las raíces y los frutos.

CANCIÓN DE PRIMAVERA

ver omnia aperit

Las lamentaciones de los árboles,
de voz solitaria y fresca
los murmullos de los lagos
sabios y azules
y serenos
quisiera beber mi sombra
vil que apresura estaciones y zodiacos
un sorbo del cuenco dulce
y sencillo, perfumado, Eos, por tus dedos
un sorbo para mi sombra que fatiga los campos y ganados
un sorbo para mi alma que pisotea las hojas
verdes como mil lenguas de agua
de cielo
de lagos soñados o invertidos.
O las hojas muertas
eternas
agujas
antiguas, como el vuelo de polillas
el corazón de roca, la cáscara de hembra
guardando en sus heridas los silencios del pasado
del padre de tu padre, de la madre de tu madre.
(Dime el secreto de las piedras, abuela, el secreto de la arcilla
Deucalión, el secreto de la tierra, y el de mi corazón
de piedra
–De las rocas, de las que podría haber manado sangre
fluyó agua dulce
ríos de hojas y música de aire.

“Todo se creó y se volverá a crear. Todo fue y volverá a ser”
dijo Moisés, ungido entre las cañas:
pueblo de nada
pueblo de hombres. Aprovechemos bien el tiempo.
Saturno ya es propicio.
Y canta Sileno en la caverna.

Canten, árboles, mi voz de hombre
(voz de nada)
cómo se creó, ordenó y destruyó mi espíritu
de océano, de helio y de montañas
con qué elementos (fuego y aire, luz o plomo) puede crearse un
solo cabello humano
o un ojo, capaz de poseer a todo el universo.
Canten, árboles
la creación y muerte de la luna
la oración de la mañana
y las batallas de las nubes
cabalgadas por los vientos
la canción de las estrellas
la fiesta de la fruta
la orgía de las rosas, en los cráneos de caballos
en la prisión de enredaderas
y en las sombras del viñedo.
Canten, árboles
mi muerte lenta entre las flores
en cada atardecer –entre los montes y los campos
y el consuelo de canciones
el aliento de los pastos
el murmullo de la noche.

Canten, árboles
Mi voz silenciosa
mi canción, que jamás podré decir
parecida al secreto de la savia
y al tiempo de amar
y de crear
y de respirar.
Porque las antorchas llegaban con la noche
Y eran las alas de la noche.
Y la luz de la noche era hermosa.
Sí, la recuerdo, hermosa
Mi vida.
La noche
Y el día.

UN ÁRBOL

He buscado el árbol más antiguo
el susurro de las piedras, el corazón de la tarde
sangrante y la guarida del tiempo
suspendido, con sus crines, con su sangre, con el agua
y los lagos
y mi secreto de alborada.
He buscado el árbol más antiguo
el corazón oculto, el tesoro de la hierba
sepultada y de la tierra, que son mis padres y fue
mi amada.

Busco el árbol más antiguo,
testigo de amaneceres boreales
y de cadáveres colgados.
Ese árbol de la India
regado por el Ganges,
donde un hombre está por fin despierto
y ve la nada como el agua
de un estanque solitario. Busco ese árbol
apartado
como un sabio, mientras vago
por los páramos desiertos, por los caminos del zodiaco
errante, por las tierras y las grietas, y por los valles oscuros de mi
espalda.

Busco un árbol antiguo
una noche secreta con su canto.
Busco un susurro de aguas mansas,
una barca dormida, una orilla cansada

donde el grillo renueve los veranos
y los prados, cada noche y cada campo
cada girar rojo de los años.

He buscado un árbol muy antiguo
donde morder de nuevo mi pecado
y mi castigo. Un árbol para enterrar a Abel
y sus ovejas, que he encontrado en cada sueño
y en todo mi pasado.
Un árbol para el reposo de mis pasos
eternos, exhaustos, guiados por los hados
los ojos ciegos de tormenta, como los toros del camino
y las sierpes negras de los años.

He buscado el árbol más antiguo
el más antiguo
un sol oculto entre la niebla, la voz del mar entre las piedras
para dejar mi piel y las cenizas de mis manos
para abandonar mi veneno, mi cuerpo
y mi desierto dulce
y mi estanque ahumado
el tronco triste, acabado
el despojo del verano.

IMPRESIÓN: SOL PONIENTE

Tu voz casi marina se hunde lentamente con el ave dorada
inflando el horizonte
Mientras tus ojos son el atardecer transfigurado debajo de los
muelles.
Tu cabello las luces de la ciudad, esa música sólo para solitarios.
Maldigo: las horas, los cabellos, esas cascadas de tristeza, infamia
de dioses infinitos.
Mi alma canta el silencio de la caracola y tus lágrimas las dulzuras
del mar ensangrentado;
Y tu voz, tu sonrisa amarga siempre ajena desde orillas,
Es esa guitarra que no ama, una serpiente de coral con la pereza
vespertina,
Oscura, tensada, nostálgica de primeras caídas. Y nostálgica de
terceras…

Tiemblo, enfermo y traicionado, y mi sudor es la miel de la
venganza.
"Una hermosa, triste estrella fue finalmente ella… para él…"

VÉSPERO

El oro de la tarde palpita entre las hojas, transfigura
la cola de los cielos, los gritos de la infancia, los pañuelos
que flamean rojos y se elevan
como velas de una travesía
por el tiempo y sus aristas.

El oro de la tarde se acerca
como la corriente de un río sereno en las orillas
como la espalda de una iguana plateada
un dedo tibio que acaricia, que suspende
los ecos de la vida en el presente
el color ahogado de las rosas y el movimiento
eterno de la estirpe de los hombres
de los astros y los perros.

La vida palpita, reverbera
como leña
y su desgaste infinito de mariposas y de estrellas.
Escucha. Podrás sentir su arrullo junto a tus oídos
como una suave exigencia.
Escucha. Podrás oír la caída de una moneda
flotar en el abismo hambriento del pasado
y luego hundirse
en esta tarde de mareas.

Estás en el centro de un parque, en el claro de un bosque, en el
palpitar
silencioso de los árboles. Escucha.

Escucha las ramas aferrándose a la tarde
como arrastradas por la arena.
Escucha. La esperanza de los globos. La nostalgia de las flores
El juego de los niños. Escucha.
El brillo de frágil cobre temblando en la ladera.
El sonido de esta tarde muerta, tarde que espera
que teme
y que quisiera

ser eterna.

Escucha este lamento dorado
que no podré imitar con mi canto.
Escucha.
Esta tarde yerma. Esta vagina sangrienta.
Hoy, que tanto quisiera
guardar para mí este preciado oro transitorio,
(como un tesoro)
salvar para mí esta agonía de las flores
este naufragio de colores,
atesorar para siempre esta tarde de brumas violentadas,
estos rojos marchitos
y sus despedidas serenas,
encerrar la próxima noche
y el futuro, sus abortos de tinieblas,
Escucha. Sólo escucha.
Escucha estos pavorreales extintos.
Estas mustias grullas de soberbia.
Escucha los secretos vespertinos.
Los adioses de la siesta.

Escucha.
Esta última tarde de partidas.
Esta tarde de algas muertas.
El atardecer inacabable de reyertas.
El murmullo secreto de Pompeya.

LA TARDE DE LOS TEMBLORES

En la tarde de los temblores
Tu corazón se incendió como el cielo
en los torrentes.
Mi mirada se extravió sobre el silencio
de las mareas.
El cielo era un torero que dominaba las estrellas
y mi capa era la espera con las lágrimas de la tierra.
La sangre cayó
como una nota vibrante del violonchelo.
La espada cayó
hiriendo las espaldas, esos lomos, las montañas.
La sangre cayó
siendo un paraguas, el pico curvado de una de esas aves.

La tarde de los temblores.
Tristeza, melancolía y la imagen de los ancestros.
La tarde de los temblores.
El mar y los montes, las estrellas
inubicables.
Cierra el círculo.
La esfera que repta sobre los giros de la tierra.
Cierra el círculo.
La serpiente que se mancha, dispersándose sobre el océano.

Tu mirada, mi mirada y la sangre con las lágrimas.
Sentadas, esperábamos a que pasara ese soplo
la niñez.
Recuérdame.
(me sentaba junto al asfalto

y mis piernas eran los desagües de la tarde, de aquella tarde
de miradas)
La tarde de los temblores.
El saxo
El chelo
El sexo
apenas un silencio.
El piano que destruimos, la guitarra que nunca reparamos.
La tarde de los temblores.
Ese soplo entre tus manos.

CLARO DE LUNA

La Luna llegó, pisando los lirios y las hojas enterradas.
La Luna llegó, pisando los huesos y los restos de olifantes
dejados tras batallas.
La Luna llegó, con una corona de marfiles y una lágrima de perlas
con un abrazo de hielos y una caricia de niebla,
deshecha, en infinitos vuelos de tiniebla.
En desvelos
de antigua novia
olvidada
y azul
olvidada
y serena
ignorada
y serena.

La Luna llegó,
llevando sonámbula cuervos en los cabellos
que se desprendían, en susurros otoñales
que se desprendían, en barcas derrotadas
que se desprendían, en besos lentos, graves
hondos buceos en sollozos, los silencios y
paisajes abismales
profundos remolinos en lomas de montañas
Sirios al final de los caminos, velas al final de la jornada.
La Luna llegó,
atravesando el bosque de las lanzas,
caminando sobre el campo dormido, sobre el mar adormecido
que celaba, lento y grave, la ventana de una sultana,
el amor de alguna pareja

el canto de alguna queja, de una barca, de un abate:
"En la hierba el abate divaga –la, si, do, fa, re
"En la hierba sus pies blancos, las suaves beldades.
La Luna llegó,
con un soplo de maldiciones o canciones.
La Luna llegó,
con un llanto ligero y agotado
con temblor pálido y agobiado.
La Luna llegó,
A suicidarse con un arpa.
Los cabellos de Yocasta.

Un vuelo de lechuzas se elevaba.
Un murmullo de montañas que dormían.
Un rayo de sangre contenida.
Y a lo lejos, escondido,
El Destino.

La Luna llegó.
Adormecido el cadáver de la luna,
que llegaba.

COMO CUANDO SOMOS UN OCÉANO

Como cuando somos un océano
y la baja y alta marea no es sino el resuello de la sangre pura de las
yeguas
y cabellos
de tu cuerpo con el mío
de tu cuerpo sobre el mío
de tu cuerpo envolviendo al mío en rotación constante
y traslación
–si es que se puede determinar quién o qué es aquel ser extraño, *lo*
tuyo, lo mío
aquel ser, quizás,
oleaje, murmullo o torrente
sanguíneo de mi cuerpo en el tuyo cuerpo mío
o de tu cuerpo en el nuestro cuerpo tuyo,
adentro, allí mismo, en lo más profundo
y somero, en las manos y los senos
y lo cálido –los pétalos, de fragancia inabarcable,
de famélicas, voraces fauces que engullen hasta la asfixia el fruto
negro de la Nada entre tus labios.

Sí, las olas de seda y asbesto cubrían en vaivén la arena calcinada
de tu cuerpo
hecho mío
en el barro y el sol, en el fuego y la arena,
y el caldero
eterno
del espíritu santo con sus séptuples lenguas de fuego acechando,
devorando
como el corazón de un volcán solitario y submarino

de monstruo de mar, emergido del silencio,
a violenta ceguera. A medianoche y medioevo.

Y despertar, en aquel momento –*oh sí,*
despertar
        volver a uno mismo era ser mortal de nuevo, ya podridos,
        tumefactos, nocturnos
        jadeos, abatidos
y marchitos
desangrados con la dolorosa savia blanca de palomas
las amapolas devastadas.

LOS ADIOSES SECRETOS

Cuál es el nombre de ese dios oscuro
cuyos brazos son el azar despiadado
y los sordos designios
de aquel trágico Pedro
que ata y desata, que tensa y separa
los destinos humanos como las cuerdas de un rosario monstruoso,
las gargantas de Lerna y el misterio, la madeja que es el caos
y el universo
y las cuentas tejidas por la locura de las parcas
y la selva oscura de caminos y deseos
y el nudo que la espada de Alejandro no podrá cortar
y el enigma de las puertas que no abriste, de las huellas que no has
de dejar
en la arena y la memoria. Como ramas y cascadas, y destellos
a velocidades infinitas, como luces perdidas a la distancia
nos desprendemos invertidos de la tierra. Accidentes eternos, no
hay regreso.

Como meteoros en el tránsito inevitable
veré sombras fugaces a lo lejos
y las saludaré, con velas blancas y con cañones de salva
– rumbo este, capitán, mar abierto, mar desierto
y vientos distantes. Son las despedidas secretas
de saludos que no se dijeron, de la experiencia siempre
abandonada en las orillas
porque vamos río abajo, en este río de fango
que es el tiempo y es el Ganges
y es el hado
y el tiempo de las frutas caídas y de los vuelos de las aves

y de Caín errante y de la diáspora
y de la muerte eterna, verdadera, de lo olvidado.

Alguna tarde, frente al mar, escuches quizás ecos lejanos
provenientes de alguna mustia, efímera memoria. Voces perdidas
en un idioma hundido y seco
muerto. Porque, sí,
yo existí
y tú exististe. Y todo será el viento, los ecos
los adioses secretos.

Kespool
DE GUASQUE
JABON PARA COMBATIR
LA CASPA
ESTERIL - APIROGENA - NO TOXICA
LISTA PARA USAR
VITA
CHAR DESPUES
DE USAR
SE USE SI LA
VOLTURA ESTA
ROTA
DESCARTABLE

PARÍS

Cae la noche y amanece
En París.
Tu cola, el vestido fluyendo debajo de los puentes
un anhelo que flamea destejiendo los hilos desde el fondo de las
calles,
y un lamento impenetrable, danzando tras crepúsculos
a la madrugada
a la distancia.
La constelación aúlla, finalmente, sobre los campos
Elíseos, de Marte, de Saturno. Urano y Poseidón…
Al mismo tiempo que la Luna, rosa elevada de Versalles,
se encoge a recoger su pañuelo, ese gesto de torre, desahogo.

Cae la noche y amanece en París.
La nieve no naufragará las amarguras
ni el viento hechizará los pelajes, tus arenas.
El Sena corre bajo y lento, atormentando la hojarasca.
El Sena corre bajo y lento, de los aullidos, desventuras.
(ya es tarde
y todavía busco
un Leteo
que no sea
el de tus cabellos.)

Cae la noche y amaneces. París.
Una torre y un arco aparecerán continuamente
como los charcos, esos llantos, las tristezas
suculentas y vapores, canciones; y,
como siempre,

la humedad
el spleen
el ideal.
Es el lugar de la bohemia y la pasión.
Es el lugar de las colillas
y de los corchos, flotando cadenciosos.
Ataúdes.
(Un piano abandonará para siempre las notas como agujas
hipodérmicas
Y las repetirá por un millar de veces, cercana
al siglo anterior, lasitud, decadencia,
siempre
la verdad.)
París. / Texas.
o, en todo caso
Cansancio. / Otoño
El lobo hombre mira a su amada por debajo del fulgor plateado de
la Luna.
El lobo hombre mira a su amante en el reflejo de las flores
ausentes. Los estanques.
El lobo hombre mira a su alma como lo haría con el alma de los
hombres.

Los
colmillos
plateados
de
La Luna.

Cae la noche y amanecer. París.
Te lo dije por una vez, o tan sólo por un día

(o una noche)
cuando los faros y la música tienen las lágrimas cansadas de la
tarde
cuando la espera se prolonga más allá de las iglesias
cuando la fe va más allá de las plegarias.
Y las sillas son añejas; y el vino, de madera.

P. D. Cae la noche y amanecer, París.

MAR

Existe un Braille pequeñísimo en las páginas de un libro que se
incendia eternamente.
Y una batalla para siempre perdida. Los frutos caídos de la vida.

Mar,
Existe una voz que resuena en la arqueología del laberinto
cambiante de la memoria
En un recinto donde el tiempo fue depuesto
Y forma un río que regresa sobre sí mismo
y se devora. Es aquel circular caníbal para siempre.

Existe una voz
Destinada a quienes no tienen oídos
Sino este temor como un abismo bajo el pecho
Agitado, palpitante por la jauría muda de los cielos
Y un aleteo de misterios que se elevan a la noche.

Mar,
Existe una avidez de dedos ciegos que persigue las puntas de tus
letras
Como si se tratara del inicio de tus cabellos.
Un arcoíris interminable en el desierto.
Allí donde, entre las rocas, soy una sierpe que canta
Con su voz antigua de sirena, sus himnos y presagios de profeta
En los vestigios, las raíces de un naufragio
Y la silueta informe de tu sombra
Lejana
La Pronunciación
Sólida / inasible

Traducción
Transitiva / indescifrable

De tu Palabra.

Mar,
Escribo una mitología con la resonancia antigua de tu nombre.
Remonto, inoída, una larga cadena de cuadrantes y de signos.
Leo, por las noches, un libro de arena con las páginas caídas.

HUAMANGA

He recorrido la inagotable noche de tus calles
sin luna
como quien camina descalzo por un sueño
y amanece con un hondo asombro lastimado
deambulando en las fronteras concretas de luz muerta.

Vi
la furia oculta de tus perros
eternos
de tus paredes de fantasmas
y el vaho largo de polvo y dentelladas.

Huamanga

Caminé sobre tus viejas fauces
sedientas
de volcán adormecido
un anciano de luenga barba blanca
y un rumor sordo embravecido.

Pisé, oí, toqué
lamí, bebí, devoré
copulé, olí, conversé
con tu viejo suelo de carne
con tus viejos hábitos de sangre
en una iglesia de piedra desnuda y violentada
en una pampa como falda en jirones, devastada
donde habitan tus ecos eternos de batallas
las de Sucre y de La Serna. Y de Gonzalo, con tantos otros nombres,

cuya sangre primigenia yace confundida. Y es la única y la misma.

Huamanga

Engullí el nombre de tus viejas heces de terror
y brindé por tu madera ausente, de luz parpadeante y temblorosa.

Mi corazón, debes saberlo, bate ahora al ritmo de tu oleaje
atormentado.

Y si oigo a alguien ahora silbar en la mezcla de noche extensa y luz
transfigurada
he aprendido ya a preguntarme, un segundo antes de la nada:
¿Cuántas veces he de perdonarte, miserable, hipócrita Pedro?
¿Qué interminable río de sangre es éste
que ha llenado de sedientos peces yermos los cauces de mi vida?
¿Es la misma cruenta historia la que sepultar pudo a todos tus
muertos
y a los nimios, escasos míos?

(… Y a los suyos, y a los nuestros, y a los de todos?

/ los viejos
4 suyos.)

Si llego a anciano espero retornar a Huamanga.
Porque solo en Huamanga los muertos no están muertos.
Todavía.

HERENCIA DEL DÍA

Señor mío y Dios mío, fondo de mi alma
Amigo mío, que dueles como la noche y susurras de madrugada
en la canción del camino, en mis pasos, en la lluvia, en la
esperanza de la mañana.
Padre, sol del campo, viento del estío, hoy que he percibido
tu llamado como el trueno entre los desolados pasillos de la
muerte
y que he caminado entre las nieblas del temor, lo pasado, lo
perdido.
Hoy, Señor, que me sé más próximo a mis abuelos de todas las
razas
y de todas las tierras; y que he encontrado tu voz y su respuesta
en el canto del pájaro nocturno, en las tristes mareas y
crepúsculos,
en la danza del sol, en el amanecer de la tierra. Hoy,
sí, hoy, no añoro ser ya Fausto.
Hoy las espumas de la muerte arrastraron el deseo
y también la gloria y la mustia memoria del placer y del momento.
Hoy no soy más sabio, hoy no soy más bueno,
Hoy no soy más hombre, pero he aprendido
(he entrevisto) la dolorosa fe de los barrocos, casi como un secreto
y a Abraham anciano y su sacrificio callado
y el llanto silencioso de la madre, repetido cada hora, cada día,
cada giro de la noche
y la obediencia de Jonás (que no pudo huir–
quién pudiera huir, aunque cayeran todos los montes y las
tinieblas del mundo
sobre nuestras cabezas, sobre las nuestras) y el gusto amargo del
cáliz,

y el feliz camino de tristeza. Emaús y Damasco.
Roma y el cadalso.

Hoy, solo y de pie ante los umbrales de la muerte
Pienso más en el dolor de mis padres
y en el de aquella joven que siempre me amó, como una ofrenda
humilde,
como un pan abierto. Hoy pienso también
en el poema que nunca escribí, el que acaso soñé, aquel
que deseé fuera tan triste como la infinita música de Bach
o el verso del poeta que cantaba la luz divina que jamás vería,
que jamás volvería a las mareas muertas de sus ojos. O como el
lamento de Príamo
llorando junto a Aquiles, lavando con lágrimas la sangre de sus
manos
y perdonando.

Ese poema nunca escrito vuelve hoy, implacable, justiciero.
Emerge de la tierra
como una moneda oculta, como la deuda con el ilimitado árbol del
pasado
y las ramas eternas de las causas y los efectos, cuyo laberinto
inagotable
sea, quizá, uno de tus rostros secretos, Señor mío
severo como fuego,
dulce como cielo.

Sigo tu llamado, cruel amigo mío.
Sigo tu llamado. Por el sendero de las noches y los días.
Sigo tu llamado. Por el camino del trigo, los astros y estaciones
y por los cauces negros de la muerte.

Pero no lloraré, Dios mío.
No lloraré, solo y desnudo ante los ojos del destino.

Señor mío y Dios mío,
marcho hacia ti como en un camino de tinieblas.

SALDRÉ FLOTANDO, POR LA VENTANA

La tarde cae –o se eleva
el espejismo de flores ahogándose en el lago.
Bajo el viento, la mirada de flamenco
serpentea o llama, sobre la cúpula de iglesias.
Dan las 3. Campanadas
de la misa de los sábados
del sacrificio del cetáceo
–mucho más muerte que la mía…
Saldré flotando, por la ventana.
Una cruz girará como la veleta de mi risa
y los techos serán solamente artículos de goma.
Para reír…
Pare de reír. La enfermera agita sus sábanas de alas
y las cortinas estallan en mis ojos con el grito silencioso de las
rosas.
Oh, mis ojos, mi medusa y mi caballo.
La Gorgona y la estatua que me esperan a lo lejos.

Sobre el incienso se acumula el océano de mis cabellos
y las monjas no sienten ya mis pisadas
de cielo.

POEMA DE INVIERNO

El Invierno no es el hielo que da la paz a los deseos
irreparables e imposibles, ojos muertos
y que cobija con silencio entre sus manos
el musgo íntimo, entibiado de los sueños.
El Invierno no es el viento
de palomas que transportan las rasgadas auroras
como rosas clavadas en sus picos
y en sus alas luminosas, en sus frentes, en sus pechos.
El Invierno es
ese frío fuego
ese río de acero
que penetra por los huesos
que se clava por los cuerpos
que devora los pastos, los pasos, los cabellos
como los temibles remolinos, las sombras y los ecos
de lo innombrable y de lo ciego
(en el Invierno vi
las blancas nieves de tu piel
y de las mareas muertas de tus cabellos. En el Invierno vi
la nieve como el viento
como corceles luminosos despidiéndose a lo lejos
a lo perdido
y a lo incierto. Vi
la nieve
como el bosque
de lo podrido
de tanto olvido
y tanto tiempo
y tanto tiempo.

El Invierno es sentir todo lo muerto
como los besos de un veneno
eterno descendiendo por los labios
y las sienes y los senos, circulando por las venas
y las mareas negras de lo odiado y del deseo.
El Invierno es ser este barco de naufragios
que soy yo
(y que es mi recuerdo)
extenso y de espaldas como la noche y sus fragmentos
de ahogos y de espantos
y de silencios solitarios.
Invierno es tener el cuerpo destrozado
por los perros
los desgarros
en los cuellos y en los cuernos. En el cieno.
Invierno es ser este árbol
flagelado por las hachas de los hielos
y no poder defenderse y no poder correr
ni mirar hacia atrás, y no tener esperanza
y no tener miedo.
Invierno es hundirse en este río
en este lago
en este océano
y ahogarse como un pez que se ha tragado el universo
con todas sus galaxias y con sus infinitas estrellas
como las monedas que se abren de sus pechos.
Invierno es ver volar a las lechuzas
como el destino y como el viento
como la noche, como el tiempo
y escuchar los gemidos, los lamentos

del fiero austro de murciélagos sonrientes
y de rosas blancas, amaneceres ardientes.
Invierno es
ser Adonis
y ser amado por los cielos
y ser devorado por los cerdos.
Invierno es
ser cazador y ser la presa
es ser el viento
y ser el hielo y ser silencio
y ser el niño que imagina que es el viento y es el hielo y el silencio.
Invierno es
ser una isla inhabitada
y regar el suelo de cenizas
y no recordar
olvidar
y cerrar finalmente los ojos
y no ser nada
y no ser todo
y ser solo blanco
y ser solo negro
y ser solo agua
y ser solo muerto
y ser solo hombre
y ser solo fuego.
Invierno es estar muerto
para retornar alguna mañana con el tiempo.

ÍNDICE

A mi padre 11

Canción de primavera 15

Un árbol 18

Impresión: sol poniente 20

Véspero 21

La tarde de los temblores 24

Claro de luna 26

Como cuando somos un océano 28

Los adioses secretos 30

París 35

Mar 38

Huamanga 40

Herencia del día 45

Saldré flotando, por la ventana 48

Poema de invierno 49

Herencia del día
de Hernán Hernández Kcomt
se terminó de transcribir
el 23 de marzo de 2019
en Lima, Perú.